

**Exposición
de Pintura
Castellana**

**raimundo
de blas**

**SALAS MUNICIPALES DE ARTE
(lado de la Alameda)**

San Sebastián

del 11 al 19 de Febrero de 1970

Inauguración: 7'30 tarde

Muy al principio, por los años 40, cuando Raimundo cogía sus alforjas, se embufandaba en su capa parda de castellano y recorría a pie los caminos recitando sus versos, aquí y allá, de pueblo en pueblo si se terciaba o, si se terciaba también, en el Ateneo de Madrid o en Radio Nacional, era llamado «el poeta campesino». El sobrenombre de «poeta campesino» (sobrenombre es palabra que quiere decir por encima del nombre) fue algo que Raimundo acogió no con alegría sino con orgullo, porque poeta era y era campesino.

Pero este hombre recio y sereno, surcado de arrugas (de tez cetrina y boina ladeada, de labios estrechos y palabra cálida, sonrisa permanente y dientes de fumador, comenzó también a pintar. Y también, como en la poesía, empezó desde el principio, trabajando y trabajando, leyendo libros de arte, y, sobre todo, leyendo en ese libro inagotable y siempre sorprendente que es el campo, ese libro que él (que no sabía leer nuestros pobres libros de imprenta) había leído hoja por hoja y había sabido comprender en sus más profundas páginas.

Estuvo Raimundo pintando mucho tiempo; pasaron años y comenzó a exponer. Y cada exposición suya era un triunfo porque cada exposición era cada vez mejor. Y hoy, que expone por primera vez individualmente fuera de su patria chica, casi con timidez, casi sin atreverse a pregonarlo, hay que decir que ya hay cuadros suyos en colecciones particulares de los Estados Unidos.

La pintura de Raimundo de Blas es apasionada; su Castilla es la Castilla de siempre, la Castilla amarillenta y ocre, donde todo es cielo y tierra; pero Raimundo ha mezclado a sus amarillos el rojo y ha transformado así la tierra en fuego. Ahí es donde está su interpretación de Castilla, esa tierra que se escapa por todos los horizontes del marco, esa Castilla que él, como todos los castellanos, vivimos sufriendola, con el fuego en la tierra donde todo arde, con el fuego en el cielo cegando los ojos, con el cielo y la tierra solos, solitarios, a solas con el hombre; porque en Castilla el hombre, como en los cuadros de Raimundo de Blas, no aparece porque es parte integrante, inmaterial, abstracta y siempre presente, del paisaje. Esta Castilla del fuego, bien ardiendo, o bien en cenizas, es la que Raimundo de Blas, el campesino que es poeta, se ha llevado, amorosamente, bajo el brazo, hasta San Sebastián, hasta el Catábrico, buscando, como Castilla, en medio del fuego rojo y amarillo, los azules sedantes del mar, la fresca aliviadora del agua, que Dios no siempre envía.

ISIDORO GONZALEZ GALLEGO

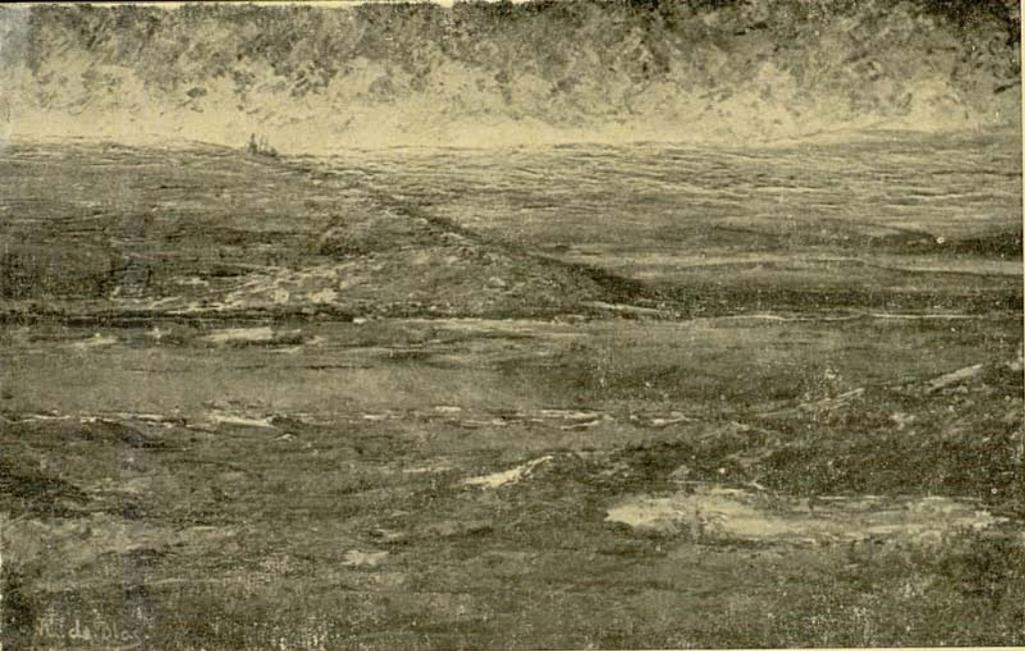
Catedrático

Crítico de arte en la «Hoja del Lunes» de Valladolid

Catálogo



- 1 Almendros y trigos
- 2 Chabolas
- 3 Contraluz
- 4 Quietud
- 5 Manantial de los pastores
- 6 Niebla en el valle
- 7 Eras y casetas
- 8 Serenidad
- 9 Tierra de San Antón
- 10 Tierras y palomas
- 11 Solo en la paramera
- 12 Palomar hundido
- 13 Tierras de Juan y de Teresa
- 14 Una tarde en las viñas
- 15 Rincón de Unamuno
- 16 Rincón de casa de labranza
- 17 Pozo de casa de labranza
- 18 Castillo de Monzón
- 19 Tierras y pueblo
- 20 Después de las lluvias
- 21 Tierras
- 22 Sombra de atardecer
- 23 Presagio de tormenta
- 24 Castillo de Villavellid



Dolor de Castilla

Dolor de Castilla tengo
metido dentro del alma,
dolor de tierra y de hombre,
dolor de sarmiento y zarza,
dolor de trigo y de hielo,
dolor de arado y de arada,
dolor de soles y vientos,
dolor de noches, de albas,
dolor de exceso de lluvias,
dolor de lluvias escasas,
dolor de ilusiones rotas,
dolor de risa, esperanza...
Tengo dolor de meseta
en aridez dilatada,
y en cada dedo la angustia
de los hombres que trabajan,
dolor de emigrante y pena,
con una dulce nostalgia,
que por tierras campesinas
en ilusiones cabalga.

Hombres enjutos, austeros,
hechos retablos en la escarcha,
solos en la soledad
de la arcilla que les llama,
entre labios lleváis risas,
en el corazón palabras,
en los ojos horizontes
y quietud en la mirada,
hechos de polvo y silencio
con la carne desgarrada,
sueños de rosa en la noche
que deshoja la alborada.
Hombres en dolor forjados
sobre yunques de besanas,
gigantes de parameras
hormigas en las llanadas,
Castilla mía, sufrida,
laboriosa y abnegada,
en expresión elocuente
tremendamente callada.

R. DE BLAS.